

Sección uno: Ensayos

Teoría crítica y marxismo en las ciencias sociales y humanas: alcances, limitaciones y reconfiguraciones.

La derrota de SYRIZA y el ajuste espacial europeo. Una aproximación desde la geografía marxista¹

The defeat of SYRIZA and the European spatial fix. An approach from Marxist geography

Víctor Peña González
Universidad de Cádiz
victor.pena@uca.es

Resumen

El presente trabajo trata de dar respuesta desde parámetros científicos al debate político surgido en la década pasada a raíz de la experiencia de gobierno de SYRIZA en Grecia. A través de la geografía marxista se analizarán los límites estructurales de las posibilidades de cambio político y transformación socioeconómica en el país heleno durante el año 2015. Las tensiones generadas entre la Unión Europea y el gobierno de Alexis Tsipras alimentaron el debate de si era posible o beneficioso, tanto para Grecia como para Europa, la salida de dicho país del euro. A través de nuestra investigación, responderemos a esa pregunta empleando las categorías hermenéuticas elaboradas principalmente por David Harvey para definir el marco de posibilidad de las pretendidas transformaciones, al tiempo que se contrasta dicho límite con las contradicciones internas de una fuerza política tan heterogénea como SYRIZA.

Palabras clave: SYRIZA, Unión Europea, euro, *Grexit*, izquierda radical.

Abstract

This paper works on to build an answer from scientific parameters to the political debate appeared in the last decade since the government experience of SYRIZA in Greece. We will

¹ Recibido: 09/01/2023 Evaluado: 02/03/2023 Aceptado: 18/03/2023

* Esta investigación ha sido posible gracias al Jean Monnet Module “Civil society organisations and policy making in the EU” (ref. 611583-EPP-1-2019-1-ES-EPPJMO-MODULE), concedido por la Unión Europea dentro del programa Erasmus+.

work with the Marxist geography knowledge to analyse the structural boundaries of political change and socio-economic transformation possibilities in Greece on 2015. The strain created between the European Union and the Alexis Tsipras' government reinforced the question about that "Grexit" was possible or beneficial for Greece as long as for Europe. To answer that question, we will use the issues elaborated by David Harvey to define the means of the hypothetical transformations, as long as we verify the external limits with the internal contradictions of the heterogeneous party SYRIZA.

Keywords: SYRIZA, European Union, euro, *Grexit*, Far-left politics.

Introducción

Durante la década pasada uno de los acontecimientos que mayor impacto causó en la opinión pública europea fue el drama de la crisis de la deuda y su correlato político, el surgimiento de opciones políticas largamente desterradas en los gobiernos de Europa. Las decisiones tomadas por las instituciones de la Unión Europea (UE) en conjunción con el Fondo Monetario Internacional (FMI), formando la famosa *troika* que nominalmente destruiría Giannis Varoufakis en una teatral rueda de prensa, motivaron el crecimiento exponencial de la izquierda radical en Grecia, pero en mayor medida también el de la ultraderecha (Peña González, 2019). La victoria electoral de enero de 2015 de SYRIZA marcó la aparición de las fuerzas de la extrema izquierda en el panorama político europeo, convirtiendo de nuevo a los comunistas en opciones de gobierno tras el período de posguerra (si ignoramos a Chipre).

El país heleno se había enfrentado entonces a dos rescates financieros que no habían conseguido sanear su economía, hundiendo las finanzas del país (que perdió casi un veinticinco por ciento de su PIB) y profundizando en una crisis social propia de un país devastado por la guerra. Los debates políticos, tecnócratas, sociales y académicos comenzaron a rotar en torno a enero de 2015 en la necesidad de paliar los efectos de la crisis y de qué manera podría hacerse sin dañar la zona euro o la propia UE irremisiblemente. En ocasiones, el debate también basculaba hacia la necesidad de deshacer ese complejo entramado político-económico como condición previa para acabar con la crisis. De cualquier manera, la victoria electoral de SYRIZA desencadenó el debate de la salida de Grecia de la zona euro o *Grexit*. Las consecuencias de ello eran imprevisibles y aún hoy es materia de especulación.

Tras un período de gobierno de seis meses, el primer ministro griego Alexis Tsipras propuso a referéndum las condiciones del tercer rescate financiero con el que las instituciones europeas presionaban al gobierno heleno, el cual se hallaba en unas condiciones desesperadas para la financiación inmediata del país. Tras un rotundo no (*oxi*) al referéndum, la *troika* no dejó más que tres opciones a Tsipras: rescate financiero, quiebra desordenada o *Grexit*. Ante el dilema, el primer ministro escogió la firma del tercer memorándum, que a medio plazo alerjearía la soberanía nacional del país y, en consecuencia, con cualquier posibilidad de transformación socioeconómica ni en Grecia ni a nivel europeo.

En el presente trabajo trataremos de contribuir a aquel debate planteando las condiciones estructurales que, a nivel europeo, afectaban a la acción gubernamental de Alexis Tsipras en la medida en que estas comportaban límites insuperables para la actividad aislada de un gobierno

de la periferia de la zona euro. Al mismo tiempo, señalaremos someramente las contradicciones internas que atravesaban al partido de gobierno griego, SYRIZA, y cuya división fundamental en dos visiones no antagónicas, pero sí difícilmente conciliables, llevó al gobierno a un camino errático en sus negociaciones con las instituciones europeas. La contraposición de ambas dinámicas, confiamos que ayudará a esclarecer en parte la respuesta al debate del *Grexit*.

Metodología

Para analizar la compleja configuración espacial de la UE, especialmente tras la creación de la zona euro, es necesario retrotraerse a la noción de espacio aportada por Henri Lefebvre en el último tercio del siglo pasado. El concepto de producción del espacio permite identificar a la zona euro como un territorio a la vez homogéneo y fragmentado, atendiendo al espacio como producto social y como escenario del desarrollo capitalista. Lefebvre concebía el espacio a tres niveles: como espacio concebido, planificado por el Estado y ocupando una posición dominante; el espacio vivido, donde este es representado; y el espacio percibido, donde se da la experiencia material (Lefebvre, 2013, pp. 95-100). Aunque limitado a la ciudad, las aportaciones de Lefebvre a la sociología urbana dieron un nuevo impulso a la geografía marxista.

En la segunda mitad del siglo pasado, “el movimiento de capitales y de la fuerza de trabajo se convirtió en el eje sobre el que giró la construcción de la nueva estructura del pensamiento geográfico” (Martínez-Álvarez, 2019). En este sentido, David Harvey entiende que la organización espacial y la expansión geográfica funcionan como un producto necesario de la acumulación de capital. Atendiendo a ello, la localización o territorialización del capital fijo sería una de las condiciones de la acumulación capitalista. Para Harvey, una de las vías de la reproducción del capital en el mundo moderno se realiza a través de la producción de espacio. De esta manera, el espacio geográfico se constituye como condición, medio y producto de la reproducción de la sociedad en su totalidad.

De la trayectoria de Harvey destacamos tres de sus aportaciones heurísticas más importantes: el *spatial fix*, la coherencia estructurada de las estructuras espaciales y las alianzas de clase regionales. El primero de ellos, *spatial fix* o ajuste espacial, sería el mecanismo por el cual se produce la concentración geográfica en la teoría de la acumulación capitalista, es decir, la expansión mediante una intensificación de las relaciones en los centros de producción capitalista y una ampliación geográfica de dichas relaciones en el espacio (Harvey, 1990). Ya que las estructuras espaciales capitalistas se expresan en puntos de producción e intercambio, que no pueden moverse sin ser destruidos, “el desarrollo capitalista tiene que negociar una senda estrechísima entre conservar el valor de inversiones anteriores de capital en el entorno construido y destruir estas inversiones para abrir nuevo espacio por la acumulación” (Harvey, 2007, p. 266).

La coherencia estructurada de las estructuras espaciales es, para Harvey, una propiedad necesaria para que funcione un mercado relativamente coherente. La coherencia estructurada de los paisajes capitalistas haría referencia en consecuencia a la producción y al consumo en un espacio determinado. En palabras del geógrafo inglés, se trataría de “el territorio en el que prevalece esta coherencia estructurada se define en general como el espacio en el que el capital puede circular sin que el coste y el tiempo de movimiento excedan los límites del beneficio impuestos por el tiempo de rotación socialmente necesario” (Harvey, 2007, p. 349). Esta

coherencia territorial se estructuraría de manera más clara cuando está representada formalmente por los Estados. Las decisiones de localización determinadas por algunos capitalistas configurarían de esta manera procesos operativos que definen los espacios regionales dentro de los cuales “la producción y el consumo, la oferta y la demanda (de mercancías y de fuerza de trabajo), la producción y la realización, la lucha de clases y la acumulación, la cultura y el estilo de vida se unen como una especie de coherencia estructurada en una totalidad de fuerzas productivas y relaciones sociales” (Harvey, 2007, p. 350).

Por último, el concepto de alianzas de clases regionales se organizaría generalmente a través del Estado, pero estarían (paradójicamente) imprecisamente establecidas en el territorio. Estas alianzas son una respuesta necesaria e inevitable a la necesidad de defender unos valores ya materializados y una coherencia regional estructurada ya conseguida, pero también pueden promover activamente condiciones favorables para la nueva acumulación en su región. Estas alianzas vendrían a aliviar en buena parte las tensiones generadas por la inestabilidad que, para David Harvey, caracteriza a todo paisaje geográfico capitalista. Asimismo, la tendencia a formar este tipo de relaciones sociales actuaría como marco o contexto de la dinámica de la disolución del Estado-nación, así como de la formación de entidades estatales supranacionales, como la UE (Harvey, 1990, pp. 377-447).

El ajuste espacial europeo y el “bloque alemán”

Como hemos visto, las estructuras espaciales no se forman de manera aleatoria, sino que se crean a raíz de decisiones conscientes y concretas, dotando a un paisaje capitalista dado de coherencia entre sí y en su conjunto. Ello hace posible una determinada distribución (y no otra) del capital fijo por todo el espacio supranacional europeo. Estas características hacen de los paisajes geográficos un espacio mediado por relaciones sociales y fuerzas productivas, representadas por los propietarios de los medios de producción y por el Estado. Es decir, da lugar a una organización espacial de la reproducción social, organización que es necesaria para superar el espacio, produciendo un nuevo espacio. Por lo tanto, no se puede producir espacio sin atender a una organización espacial previa, a un paisaje geográfico previo que, a su vez, actúa como marco pretérito donde desarrollar la actividad productiva.

La construcción de la zona euro fue, obviamente, una decisión consciente que vino a modelar el nuevo espacio en el que actuaría el Mercado Común, dando lugar a una nueva división europea del trabajo. Podemos decir que la implementación de la moneda común sirvió como ajuste espacial en Europa, creando las condiciones oportunas para que Alemania trascendiera su tradicional (aunque reciente) alianza con Francia en el seno de las instituciones europeas, yendo hacia la construcción de su propio bloque económico y político (Marin, 2005; Halevi, 2019 y 2022), algo que ya advirtieron algunos de los principales dirigentes europeos de finales del siglo pasado, como Margaret Thatcher (Peñas Mora, 1995, p. 93). En síntesis, podemos compartir la afirmación de que “la formación de la zona euro ha provocado transformaciones en la división del trabajo que han concentrado la industria en el «bloque alemán» y desindustrializado grandes zonas de Europa del Sur” (Aglietta & Brand, 2015, pp. 83-84). Además, esta dinámica se vio acelerada a comienzos de siglo debido al éxito de la estrategia industrial alemana en Europa del Este. En la producción de este nuevo espacio el euro ha jugado un papel decisivo, ya que la existencia del euro facilitó una mayor circulación de capitales, sobre todo de excedentes desde las zonas centroeuropeas al sur de Europa. Esto permitió una intensificación de las relaciones en los centros de la producción capitalista en el “núcleo” o

“centro” de la eurozona, creando serias dificultades de acumulación para los países periféricos y ampliando las asimetrías preexistentes a la formación del euro.

De manera simplificada, los excedentes de capital de los que disponía principalmente Alemania, fueron invertidos en países cuyo mercado interno no se hallaba en expansión. En los GIPS, allí donde la inflación se mantenía alta, la adopción del euro permitió unas importantes bajadas de los tipos de interés, reduciendo el coste de capital. Al reducir el coste del capital una avalancha de capitales excedentarios en forma de préstamos llegó a esos países bien para alimentar el consumo privado, el gasto público o las burbujas financieras. El efecto de estas medidas en los GIIPS (Grecia, Irlanda, Italia, Portugal y España) produjo una expansión del consumo por encima de la capacidad productiva de dichos países, acudiendo a la importación a través del endeudamiento, importaciones que eran suministradas desde el mismo centro de la zona euro. De esta manera se sentaron los pilares inestables de una eurozona desacompañada que revelaría sus dramáticas consecuencias tras el impacto de la crisis de la deuda soberana en 2010.

Esta división del trabajo que había provocado el nuevo ajuste espacial europeo produjo la aparición de monopolios en la producción de ciertas mercancías, dando lugar al fenómeno de especialización, lo cual redujo las posibilidades de financiación de los países del sur de Europa, principalmente. A ello hay que añadir las condiciones exigidas a los países miembros tanto para la firma del Tratado de Maastricht como para formar parte de la zona euro. Ya en 1992, Paul Krugman y Guillermo de la Dehesa avisaban sobre esta tendencia a los europeos afirmando que la formación de la unión monetaria iba a provocar una especialización de la implantación de las actividades económicas sobre los territorios (De la Dehesa & Krugman, 1992; Krugman, 1993). La especialización conduce naturalmente a una mayor concentración espacial, intensificando las relaciones de producción en la zona euro y reduciendo todavía más el margen de maniobra de las economías menos flexibles de la eurozona.

Esa heterogeneidad en escala o economía en escala, sin una planificación de las estrategias industriales (salvo en los países excedentarios), es lo que profundizó la divergencia entre los países con asimetrías, la antigua “Europa de las dos velocidades”. Estos efectos pueden verse de manera muy clara en la evolución de los costes unitarios del trabajo a lo largo de la primera década de vida del euro; estos costes subieron más en los países donde el coste del capital descendió con mayor velocidad: mientras que en Alemania los costes salariales unitarios se mantuvieron estables entre 1999 y 2011 en Italia subieron un 3%, más de un 3% en España e Irlanda y por encima del 4% en Grecia (Lapavitsas et al., 2021, pp. 23-28). Como vemos, hay una correlación entre la recuperación de dichos países tras la crisis de la deuda y la evolución de los costes unitarios del trabajo, pero no es el único factor que ha influido en la reactivación del crecimiento. La pérdida de herramientas financieras como consecuencia de la unión monetaria comportó serios obstáculos para la financiación en tiempos de crisis y la construcción del euro había ampliado los riesgos del impago de la deuda soberana de los Estados de la eurozona.

El euro se ideó pensando que sería el vehículo de la integración económica. En las previsiones más optimistas la integración monetaria haría converger los tipos de interés en los países en los que se habían mantenido altos con los tipos de interés de Alemania (Isbell, 2003), generando “un círculo virtuoso que permitiría la equiparación progresiva de los países más avanzados y los más atrasados en términos de nivel de vida” (Aglietta & Brand, 2015, p. 67). El efecto fue,

como ya hemos comentado, una profundización de las diferencias preexistentes entre los países antes de la formación del euro, unido ahora a un endeudamiento masivo: durante la década de los 2000, los países de la Unión Europea que sufrieron un mayor endeudamiento fueron España, Portugal y Reino Unido; en Grecia, la ratio deuda/PIB se triplicó en treinta años.

Sin embargo, conviene tener en cuenta que el principal determinante de los regímenes monetarios tales como el euro es la representación de los intereses de los Estados. Durante casi toda la década de los años 2000 y aun en los precedentes, el estancamiento sufrido por Alemania en comparación con el crecimiento vertiginoso de países como España le valió el apodo al gigante alemán de “el enfermo de Europa”. Sin embargo, la crisis alemana era circunstancial, debido a la acumulación de deuda producida para financiar la reunificación. En opinión de Michel Aglietta y Thomas Brand, “una unión monetaria se forma en realidad para acomodar los déficits y los excedentes corrientes, financiados mediante transferencias de capitales” (Aglietta & Brand, 2015, p. 82), lo que eleva nuestra consideración sobre el euro a una nueva categoría: agotado el espacio para la acumulación en Europa, la reunificación alemana y la caída del Telón de Acero abriría la posibilidad para producir nuevo espacio en el Este, por lo que el euro se mostraba estrictamente necesario para el crecimiento de Alemania (Díaz Ceballos, 2015, pp. 46-49). Así lo reconocía Ángela Merkel en su discurso de Año Nuevo para 2011 a todos los ciudadanos alemanes: “el euro es la base de nuestra prosperidad” (20 minutos, 31 de diciembre de 2010). Por tanto, parece que la supervivencia del euro era un imperativo para que el modelo de acumulación alemán prosperara y, con él, la actual organización espacial en Europa. No solo Alemania estaba interesada en la formación del euro, pero sí fue quien mayor beneficio obtuvo del reparto. En este sentido, conviene señalar que el principal socio de Grecia para su integración europea fue Francia, con quien le unía una estrecha relación armamentística que se pudo apreciar en la distribución de acreedores de la deuda griega (antes de las reestructuraciones, Grecia era el país que más porcentaje del PIB dedicaba a esta cuestión en la eurozona, más de un cuatro por cien).

De este ajuste espacial europeo nació una determinada alianza de clase regional en Europa, cuyo eje principal era (y es) Alemania. La estrategia industrial alemana planteada en la primera década del siglo XXI, unido a las reformas laborales (las “reformas Hartz”), plantearon un modelo de crecimiento económico que implicaba a los países de Europa Central y Oriental en la reestructuración de cadenas de producción (Storm & Naastepad, 2015; Dustmann, Fitzenberger, Schönberg & Spitz-Oener, 2014). Esta reconfiguración del espacio europeo, amparado por el ajuste espacial aplicado por la creación de la eurozona, sirvió para la formación de una alianza de clase regional, el “bloque alemán”, en el cual se integrarían países como Austria, Suiza, Bélgica y Países Bajos, pero también los “agregados” mediante la estrategia industrial alemana como República Checa, Eslovaquia, Polonia, Hungría y, en menor medida, Eslovenia (Aglietta & Brand, 2015, p. 79; Halevi, 2019 y 2022). Esta alianza suponía en las negociaciones del gobierno griego con las instituciones europeas una relación hegemónica que suponía un importante obstáculo para los intentos de Tsipras de encontrar aliados entre los socios europeos que respaldasen sus propuestas de reestructuración de la deuda.

Grecia: de la crisis de la deuda a la crisis de la izquierda

1. La deuda y sus tenedores

La crisis de la deuda impactó en Grecia con mayor fuerza que en ningún otro país europeo no solo debido a la rigidez de su economía, así como a los numerosos escándalos y falsificaciones que permitieron al país heleno incorporarse inmediatamente al euro (Stiglitz, 2012, pp. 5-6), sino también por su posición periférica dentro de la nueva organización espacial europea. Su posición como “eslabón débil” de la cadena capitalista europea, siguiendo la metáfora de Poulantzas, les situó siempre como uno de los lugares prioritarios donde actuar y evitar la caída de su economía y una crisis política que provocase un caos financiero en todo el espacio europeo. Esta necesaria tutela de las instituciones europeas sobre Grecia se puso de manifiesto cuando el premier heleno, Yorgos Papandreu, sugirió la posibilidad de someter las condiciones del segundo rescate financiero a referéndum. Una semana después, las presiones internas y externas habían hecho dimitir al primer ministro, formándose un gobierno de coalición “a la alemana” (es decir, involucrando a sus dos principales partidos, el conservador Nea Dimokratia y el socialdemócrata PASOK) que aceptó el nuevo rescate. La principal consecuencia fue el inmediato desplome electoral de los socialdemócratas en las elecciones de junio de 2012 y el auge de SYRIZA, la coalición de la izquierda radical.

Grecia no fue, en este sentido, una excepción. Experiencias similares se dieron en Italia con gobiernos de concentración dirigidos por tecnócratas escogidos por las instituciones europeas para evitar la debacle de las economías nacionales más vulnerables, y frenar el efecto contagio sobre la eurozona (Stiglitz, 2012, pp. 82-83). De hecho, en los círculos neoliberales aparecieron voces que sugirieron dejar caer la economía griega para salvar la italiana, evitando el peligro fatal extirpando al miembro más gangrenado del cuerpo (Brown, 2014, p. 31). También Grecia compartía otras características con el resto de países que formaban los denominados GIIPS, como la existencia de una burbuja inmobiliaria. No obstante, el grueso de las inversiones extranjeras en el período anterior al estallido de la crisis había tenido como destino principal la adquisición de títulos de Estado, que fueron a financiar el déficit griego y a sanear la balanza comercial a corto plazo.

En el momento de la llegada de la crisis financiera a Europa en 2008 la deuda externa de Grecia ascendía casi a los 265.000 millones de euros, más de un ciento nueve por cien del PIB del país. Para diciembre de 2009 la deuda se había incrementado otros 36.000 millones, haciendo que esta superase el ciento veintiséis por cien. En ese momento se estima que los bancos del centro de la eurozona (franceses y alemanes, principalmente) poseían unos 140.000 millones en “títulos de Estado”, pero en el verano del año anterior habían llegado a acumular más de 160.000. A finales de 2008 aproximadamente el veintiséis por cien de esta deuda estaba en manos de bancos franceses, un quince por cien en manos de bancos alemanes y un diez por cien pertenecía a sus homólogos italianos. La exposición alemana sería más alta si a la tenencia de deuda griega en manos de bancos propiamente alemanes le sumásemos la parte correspondiente a los bancos holandeses. De esta manera, lo que hemos venido llamando el “bloqueo alemán” habría llegado a acaparar más de un veintitrés por cien de la deuda griega, una cantidad similar a la adquirida por la banca francesa. Debido a ello, buena parte de los rescates financieros aplicados por la troika fueron a parar al saneamiento de las cuentas de la banca extranjera, principalmente alemana y francesa (Lapavitsas, Kalttenbrunner, Labrinidis et al., 2011).

Debido a la práctica imposibilidad de Grecia para financiarse por sus propios medios, así como al efecto de los rescates financieros, la deuda externa del país heleno cursó una evolución que es necesaria tener en cuenta a la hora de emitir posibles juicios de valor en torno al debate del

euro o, mejor dicho, del *Grexit*. Como ya hemos visto, los fondos previstos para el primer rescate griego tenían como objetivo disminuir la exposición de los bancos franceses y alemanes al riesgo de suspensión de pagos al que se podía ver abocado Grecia (Janssen, 2010; Rocholl & Stahmer, 2016). Para ello, Merkel planteó taxativamente que no debía haber reestructuración de la deuda antes de haberse producido el primer rescate financiero. A mediados de 2011 Alemania se movió hacia posiciones que contemplaban ciertas pérdidas para acreedores privados; para entonces, la tenencia de deuda griega por parte de la banca alemana había pasado de 43.000 millones a menos de 19.000, mientras que la exposición de los bancos franceses se había reducido en otros 30.000 millones. La quita de una parte de la deuda externa griega en marzo de 2012 y la aplicación del segundo rescate redujo nuevamente la exposición de la banca francesa en 6.000 millones (dejando un global de unos 41.000) y 12.000 en el caso de la alemana, cuyo montante quedaba reducido a poco más de 6.000 millones. Por lo tanto, a partir de 2012 el riesgo de default amenazaba mucho más a Francia que a Alemania, quien poseía sus mayores tenencias de deuda en Italia y España, países cuya salvaguarda formaban la frontera de salvación de la zona euro y de la economía alemana. Para principios de 2013 incluso la exposición de los banqueros británicos en Grecia era mayor que la de los alemanes. En torno a esas fechas, la deuda externa griega nuevamente sobrepasaba los 300.000 millones y seguía aumentando hasta su estabilización a finales de 2013 en torno al ciento ochenta por cien del PIB de Grecia.

La economía griega parecía necesitar una quita de la deuda. El propio Fondo Monetario Internacional (FMI), presidido por Christine Lagarde, llegó a plantear la necesidad de aplicar una quita de hasta el treinta por cien a la deuda soberana de Grecia. Las recientes experiencias de reestructuración de la deuda ecuatoriana habían supuesto un importante precedente en este sentido, y la experiencia del gobierno de Rafael Correa era esgrimida como una espada tanto por los partidos de izquierda como por la sociedad helena en su conjunto (Gilbert, 2022). El ascenso de SYRIZA a fuerza de gobierno pretendía poner en práctica las contradicciones de sus acreedores y obtener el mejor acuerdo posible que, previsiblemente, pasaba por la auditoría de la deuda.

2. SYRIZA y la crisis de la izquierda

El 25 de enero de 2015 SYRIZA obtuvo una amplia victoria electoral, pero insuficiente para alcanzar la mayoría absoluta. Por el camino, la heterogénea coalición de la izquierda radical había tenido que abandonar su estructura para centralizarse en torno a un único partido. La medida fue defendida como un medio para poder encarar los retos que el futuro gobierno de izquierdas tendría por delante, pero desde el primer momento fue una medida poco compartida que inició un camino de tensiones entre las diferentes sensibilidades existentes en SYRIZA. En algunos casos, varios de los grupos que conformaban la pretérita coalición abandonaron el proyecto (Spourdalakis, 2014, pp. 362-362). Al día siguiente de la victoria electoral, el máximo dirigente de SYRIZA, Alexis Tsipras, anunciaba un pacto con la formación nacionalista ANEL y procedía a formar un gobierno de coalición que defendiese la soberanía griega frente a las políticas de austeridad de la *troika*. Al igual que en el hecho anteriormente señalado, la alianza con la derecha nacionalista no fue comprendida por un amplio espectro de la izquierda y tensó aún más la cuerda de las relaciones entre la facción mayoritaria de Tsipras y la Plataforma de Izquierdas de SYRIZA (quienes representaban aproximadamente a un tercio del Comité Central del partido).

El ala izquierda de Panagiotis Lafazanis había planteado desde el principio que las coaliciones de gobierno deberían haberse realizado con el Partido Comunista (KKE), recibiendo apoyo extraparlamentario de una significativa izquierda radical. Sin embargo, las veleidades del Partido Comunista por aspirar a sustituir a SYRIZA y el sectarismo de su estrategia política comprometió desde el principio esta alternativa. Pese a todo, en la campaña electoral previa a las elecciones de enero de 2015, Tsipras prometía buscar los apoyos del KKE y ANTARSYA (el principal partido de la izquierda extraparlamentaria). El convencimiento de que el plan “anti-austeridad” que SYRIZA pretendía aplicar en los siguientes meses necesitaba amplias mayorías parlamentarias que practicasen una política de consenso llevó a Tsipras a entrevistarse con todas las formaciones susceptibles de formar el gobierno de coalición (Katsambekis, 2016) con su partido, incluyendo a To Potami y KKE, pero la negativa de los restantes partidos supuso un problema añadido a la hora de justificar su decisión.

Lo cierto es que desde el verano de 2012 SYRIZA inició un paulatino viraje desde el radicalismo izquierdista hacia una política más contemporizadora y realista. Es posible que el origen de este cambio se diera tras el inicio de los contactos entre Tsipras y Varoufakis el año anterior (Varoufakis, 2017, pp. 77-86). Esta moderación política llevó a Tsipras a adoptar decisiones controvertidas pero efectivas, como su voto al candidato a la presidencia de la Comisión Europea Jean-Claude Juncker, por oponerse este a las directrices de Alemania. Ya desde finales de 2014 se habían venido algunos cambios estéticos en el partido, pero de profunda significación, como el abandono del lema “ningún sacrificio por el euro”, antes omnipresentes en los eventos públicos de SYRIZA. La salida del euro dejó de ser un eslogan común, pero también un elemento programático. Oficialmente el programa abogaba por una permanencia en el euro condicionada a la reestructuración de la deuda, que comportaría una importante quita y una moratoria de los pagos, lo cual le permitiría ejecutar su programa político.

En este punto, las contradicciones internas de SYRIZA habían alcanzado unas dimensiones insuperables, por la irreconciliable visión sobre la solución griega frente a la austeridad europea. Como ya hemos visto, la posición oficial del partido y que representaba su secretario general, abogaba por una permanencia en el euro con condiciones, caracterizada como una apuesta por la inspiración habermasiana en torno a la necesaria unidad europea y la profundización de su construcción política (todavía más cuando comenzaban a darse síntomas en la izquierda europea similares). De otra parte, la minoría de izquierdas de SYRIZA abogaba por soluciones radicales como la salida unilateral del euro, ejecutada tras una auditoría de la deuda y una reestructuración importante de la misma, siguiendo de esta manera las opiniones de Wolfgang Streeck en cuanto al carácter estructural del euro, de su incapacidad de reformarse y, por tanto, de la necesidad de destruir la zona euro como condición previa a cualquier cambio alternativo a la austeridad (Streeck, 2016).

La postura de Lafazanis venía reforzada por la presencia en su tendencia de algunos economistas que, desde los primeros momentos de la crisis, habían venido analizando muy seriamente las implicaciones de la crisis de la deuda. Uno de sus partidarios, Costas Lapavistas, defendía que la mera disposición de apoyos a nivel supranacional no ayudaría a cambiar la estructura misma del euro, que se había configurado en beneficio de un proyecto alemán, y que las periferias de la UE se verían sistemáticamente golpeadas por esta circunstancia (Lapavistas, Kaltenbrunner, Labrinidis et al., 2011, pp. 166-171). Aunque esta postura fue poco permeable,

contó con importantes apoyos incluso en círculos moderados, destacando el apoyo de Joseph Stiglitz, ganador del Nobel de economía.

El plan de Tsipras pasaba por negociar con las instituciones europeas un “alivio” de la deuda para iniciar una serie de reformas que les permitiese rechazar los programas sociales de austeridad. Los cálculos del premier griego eran similares a los que manejaría casi cinco meses después Christine Lagarde, pero las negativas rotundas del ministro de finanzas alemán Wolfgang Schäuble enconaron las negociaciones desde el primer momento. El plan de negociación, al frente del cual se encontraría Yanis Varoufakis, partía de la convicción de que la propuesta de SYRIZA no podía ser rechazado por la UE, al considerar que el *default* de la economía griega pondría en jaque las economías de España e Italia, amenazando la integridad misma de la zona euro. El propio Tsipras creía que estas dificultades se habían trasladado al corazón del euro, lo que haría irrechazable su proyecto.

Sin embargo, los acontecimientos no se produjeron de la manera en que Tsipras lo había previsto. Las negociaciones, que se prolongaron durante cinco meses, hicieron aflorar las contradicciones en el seno de las instituciones europeas, pero más aún en el interior de SYRIZA. Los intentos por concitar las simpatías de otros jefes de gobierno europeos fracasaron, especialmente en España, donde el primer ministro conservador, Mariano Rajoy, veía con peligro la amenaza que suponía Podemos, el equivalente político de SYRIZA. Como hemos visto ya, el riesgo desencadenado por un posible quiebre de la economía griega habían sido reducidos para las economías francesa y alemana, cuyas bancas habían reducido su exposición en la deuda griega. El propio Schäuble estuvo dispuesto a aceptar una salida temporal de Grecia del euro, muestra del margen de maniobra que las economías del centro de la eurozona todavía tenían.

Las condiciones para el tercer plan de ajuste de la economía griega fueron rechazadas por Alexis Tsipras el 26 de junio y poco después se anunció que esta decisión sería nuevamente sometida a referéndum el 5 de julio, en medio de un clima de fuga de capitales (desde finales de 2014 habían salido casi 42.000 millones de euros del país) y del control de capitales correspondiente impuesto por el Banco Central Europeo. Las necesidades de liquidez del gobierno griego eran tan grandes que, una vez celebrado el referéndum y rechazadas las condiciones de la UE con casi un sesenta y uno por cien de los sufragios, Tsipras tuvo que aceptar el tercer rescate cuando no se le dio otra alternativa.

Las críticas contra Tsipras se desataron de inmediato, desde la acusación de “traición” hasta la consideración de haber llevado a cabo un programa errático e irresponsable que había eludido las tareas básicas de depuración de estructuras estatales y el disciplinamiento de las élites tradicionales del país (Sheehan, 2017, pp. 112-114). La desobediencia del primer ministro del referéndum popular provocó que la contestación interna en SYRIZA se extendiese hasta la mitad de su dirección y 39 de sus 149 diputados en el parlamento. La disidencia condujo a una escisión (*Laiki Enotita*) que en las elecciones de septiembre no alcanzaron el porcentaje mínimo para obtener representación parlamentaria. SYRIZA perdió trescientos mil votos y el gobierno de coalición con ANEL se redujo en cinco diputados, en unas elecciones donde la abstención aumentó un siete por cien respecto a los comicios anteriores.

Tras la renovación de la confianza popular en SYRIZA terminó el debate sobre el *Grexit*, una vez disciplinado su gobierno y aceptadas las condiciones impuestas por las instituciones

europas. La gestión que de tal acuerdo realizó el gobierno griego ha llevado a algunos investigadores a hablar de institucionalización de SYRIZA e incluso de una evolución hacia una “post-izquierda administradora” (Chatzistavrou, 2016). El riesgo de quiebra de una economía dejó de estar presente en el debate público tras la derrota de SYRIZA y el ascenso de la izquierda europea sufrió un duro reverso al perder a uno de sus principales referentes en Europa. Con la derrota de SYRIZA se cerró el debate sobre el *Grexit* y, por lo tanto, sobre la ruptura de la zona euro, si bien esta posibilidad todavía es motivo de estudio por parte de la academia (Zestos & Simmons, 2018). Sin embargo, un año después el debate sería reconvertido en torno al *Brexit* para hablar sobre las posibilidades de ruptura de la UE.

Conclusiones

El debate sobre las posibilidades reales de las cuales gozaba el gobierno griego en 2015 para hacer frente a los desafíos que la *troika* le impuso no siempre comprende respuestas que engloben factores multicausales. En el presente ensayo hemos pretendido dibujar, en torno a las herramientas proporcionadas por la geografía marxista, el escaso margen de maniobra estructural del cual gozaba SYRIZA para plantear una vía alternativa a la marcada por las instituciones europeas. La existencia de una alianza de clase regional en cuyo epicentro se encontraba Alemania y la imposibilidad de quebrarla o esquivarla convertía las negociaciones del tercer rescate en una lucha de David contra Goliat. La izquierda radical europea se encontraba, todavía en el primer semestre de 2015, en una etapa de gestación, sin posibilidades inmediatas de acceder a ningún gobierno europeo que pudiera socorrer a Tsipras y Varoufakis en sus negociaciones con la UE. Todavía más, algunos gobiernos, como el de Mariano Rajoy en España, se veían amenazados por la posibilidad de que SYRIZA alcanzase un acuerdo beneficioso para Grecia, mostrando a su propio país que, de la mano de fuerzas equivalentes como el partido Podemos de Pablo Iglesias, España podía librarse de las políticas de austeridad y practicar una política alternativa.

Los riesgos de impago de la deuda y de *default* de la economía griega habían sido una amenaza real para la estabilidad de la zona euro antes de 2012, especialmente, para los países del centro que detentaban la mayor parte de la tenencia de la deuda griega. Sin embargo, principalmente tras el primer rescate de Grecia, este riesgo se había visto aminorado y la exposición de la banca alemana tras el segundo rescate era muy bajo, por lo que su margen de negociación con el gobierno de Tsipras era muy amplio, como así se demostró. En los extremos más optimistas, Brendan Brown ha llegado a afirmar que, si Sarkozy hubiera amenazado con romper la zona euro, los perjuicios que habría tenido Francia con tal decisión le hubiesen obligado a volver suplicándole a Merkel (Brown, 2014, p. 31).

Por otra parte, el plan de negociación de Tsipras y Varoufakis se demostró más como una maniobra improvisada para ganar tiempo y liquidez inmediata que como un programa premeditado y bien calculado. Las discrepancias surgidas tras la destitución de Varoufakis entre este y el primer ministro y los posteriores desencuentros entre los disidentes seguidores de Lafazanis y el propio Varoufakis revela la escasa homogeneidad de planteamientos respecto al euro y la complejidad misma de su solución. El partido SYRIZA resultó estar poco cohesionado y albergar proyectos diferentes, fruto de la celeridad de su unificación en 2012 y de las perspectivas de gobierno que albergaban los dirigentes del partido y el conjunto de su militancia.

La apuesta oficial de SYRIZA de transformar Europa partía de la posibilidad de alcanzar un acuerdo beneficioso para Grecia en su tercer rescate. Salvo el ala izquierda del partido, no se contempló la salida, controlada o no, del euro ni de la UE. Al igual que se había hecho durante el período 2012-2014 asumiendo demandas y propuestas de los movimientos sociales, SYRIZA compartía la inquietud del pueblo griego sobre su permanencia en el euro y en la UE. El 21 de marzo de 2015, una encuesta publicada por el medio *Parapolitika* revelaba que hasta el ochenta y cuatro por cien de los griegos deseaba que su país permaneciera como miembro de la moneda única. Esta voluntad se debía al temor de que el abandono de la eurozona comportase un auténtico desastre social mayor aún que el provocado por las políticas de austeridad.

Ante las demandas de abandonar el euro por parte de la Plataforma de Izquierdas de SYRIZA, el sustituto de Varoufakis en el Ministerio de Finanzas, Euclides Tsakalotos, arguyó que un repliegue sobre el Estado-nación y la dracma hubiese sido un desastre para los europeos y los griegos, que los habría aislado y hubiese reforzado la gramática de la eurofobia ultraderechista, desarmando cualquier opción de resistencia de la izquierda. Contrario a su opinión, Joseph Stiglitz argumentó que Grecia podría haberse recuperado mejor fuera del euro que bajo el peso de la deuda (Stiglitz, 2012, pp. 467-467). Sin embargo, la consideración del premio Nobel obvia los peligros a los que se enfrentaba Grecia a corto plazo, entre los cuales estaban la ausencia casi total de liquidez, la relación de dependencia respecto a la división europea del trabajo o las posibles amenazas golpistas de un sector militar y armamentístico sobredimensionado (conviene recordar que la cartera de Defensa fue ofrecida a ANEL y el cuestionamiento sobre la OTAN fue anulado, para apaciguar al estamento militar).

En síntesis, el problema que se le planteaba a SYRIZA en 2015 era insoluble desde los parámetros de los que se partía. La solución planteada por Tsipras partía de la necesidad de conformar una alianza de clase regional que pudiese confrontar con el “bloque alemán” y obtener las concesiones necesarias para realizar un programa de transformaciones sociales. Sin embargo, las negociaciones con las instituciones europeas fueron siempre un contrarreloj para el gobierno griego. De otra parte, la demanda de la salida del euro planteada por el ala izquierda del partido no comprometía en grado sumo a los países del centro de la eurozona y no gozaba del respaldo popular necesario para afrontar una decisión de tal calibre.

Referencias

- Aglietta, M. y Brand, T. (2015). *Un New Deal para Europa. Crecimiento, euro, competitividad*. Quito-Madrid: Instituto de Altos Estudios Nacionales del Ecuador-Traficantes de Sueños.
- Brown, B. (2014). *Euro Crash. How Asset Price Inflation Destroys the Wealth of Nations*. Londres: Palgrave Macmillan.
- Chatzistavrou, F. (2016). *The Politics of SYRIZA in Europe: From Leftwing Radicalism to Post-Left Managerialism*. Colección Monografías CIDOB 2016 (pp. 35-44). <https://cutt.ly/m4ax42i>

- De la Dehesa, G. y Krugman, P. (1992). "EMU and regions". The Group of Thirty G30. *Occasional Paper*, 39.
- Díaz Ceballos, A. S. (2015). Crisis de la zona euro: fallas estructurales y políticas de austeridad. *Journal of Economic Literature*, Vol. 11, 32, 45-68. DOI: 10.1016/j.eunam.2015.09.003
- Dustmann, C., Fitzenberger, B., Schönberg, U. y Spitz-Oener, A. (2014). From Sick Man of Europe to Economic Superstar: Germany's Resurgent Economy. *Journal of Economic Perspectives*, Vol. 28, 1, 167-188. DOI: 10.1257/jep.28.1.167
- Gilbert, C. (2022). The audit of public debt: Auditing as a device for political resistance in a neoliberal era. *Critical Perspectives on Accounting*, Vol. 85. DOI: 10.1016/j.cpa.2020.102263
- Halevi, J. (2019). The Political Economy of Europe Since 1945: A Kaleckian Perspective. *Institute for New Economic Thinking Working Paper Series*, 100. DOI: 10.36687/inetwp100
- Halevi, J. (2022). Il neomercantilismo tedesco alla prova della guerra. *Moneta e Credito*, Vol. 75, 298, 203-211. DOI: 10.13133/2037-3651/17742
- Harvey, D. (1990) [1982]. *Los límites del capital y de la teoría marxista*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Harvey, D. (2007) [2001]. *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*. Madrid: Akal.
- Isbell, P. (2003). La internacionalización del euro: estado actual y aspectos críticos. *Documento de Trabajo del Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos*, 25, 12 de septiembre.
- Janssen, R. (2010). Greece and the IMF: Who Exactly is Being Saved? *Center of Economic Policy Research Discussion Paper*, 20 de julio.
- Katsambekis, G. (2016). Radical Left Populism in Contemporary Greece: Syriza's Trajectory from Minoritarian Opposition to Power. *Constellations*, Vol. 23, 3, 391-403. DOI: 10.1111/1467-8675.12234
- Krugman, P. (1993). Inequality and the Political Economy of Eurosclerosis. *CEPR Discussion Paper*, 867, diciembre.
- Lapavistas, C., Kaltenbrunner, A., Labrinidis, G., Lindo, D., Meadway, J., Michell, J., Paineira, J.P., Pires, E., Powell, J., Stenfors, A. y Teles, N. (2011). Crisis en la Zona Euro: Perspectiva de un impago en la periferia y la salida de la moneda común. *Revista de Economía Crítica*, 11, 131-171, primer semestre.

Lapavitsas, C., Kaltenbrunner, A., Labrinidis, G., Lindo, D., Meadway, J., Michell, J., Paineira, J.P., Pires, E., Powell, J., Stenfors, A., Teles, N. y Vatikiotis, L. (2021). *Crisis in the Eurozone*. London-New York: Verso.

Lefebvre, H. (2013) [1974]. *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.

Marin, D. (2005). A New International Division of Labor in Europe: Outsourcing and Offshoring to Eastern Europe. *Munich Economics Discussion Paper*, 17.

Martínez-Álvarez, H. I. (2019). Mercado, exploración y colonización. Las raíces epistemológicas de los saberes utilitarios de la Geografía Moderna. *Revista Geográfica de América Central*, Vol. 2, 63, 47-74. DOI: 10.15359/rgac.63-2.2

Peña González, V. (2019). El fin de la Unión Europea. Una visión geopolítica del ascenso de la ultraderecha. *Tiempo devorado: revista de historia actual*, 1, 32-53.

Peñas Mora, J. (1995). Situación del sistema de seguridad europeo. *Cuadernos de estrategia*, 77, 79-105.

Rocholl, J. y Stahmer, A. (2016). Where did the Greek Bailout Money Go. *European School of Management and Technology White Paper*, 16-02.

Sheehan, H. (2017). *The Syriza Wave. Surging and Crashing with the Greek Left*. New York: Monthly Review Press.

Spourdalakis, M. (2014). The Miraculous Rise of the “Phenomenon SYRIZA”. *International Critical Thought*, Vol. 4, 3, 354-366. DOI: 10.1080/21598282.2014.931022

Storm, S. y Naastepad, C. W. M. (2015). Crisis and recovery in the German economy: The real lessons. *Structural Change and Economic Dynamics*, Vol. 32, 11-24. DOI: 10.1016/j.strueco.2015.01.001

Streeck, W. (2016). *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*. Buenos Aires-Madrid: Capital intelectual-Katz editores.

Varoufakis, Y. (2017). *Comportarse como adultos. Mi batalla contra el establishment europeo*. Barcelona: Deusto.

Zestos, G. K. y Simmons, M. H. (2018). Why a Eurozone Collapse Should not be a Surprise: The Role of Germany and Greece. *Economia Internazionale / International Economics, Camera di Commercio Industria Artigianato Agricoltura di Genova*, Vol. 71, 3, 227-256.